

estar plenamente convencido de la falsedad, de la vanidad y aun del maligno veneno que se encierra en todas las vanas alegrías del mundo, si todavía me dejase embriagar de ellas? Concededme, Señor, vuestra gracia, para que eficazmente desengañado de estos falsos pasatiempos, eternamente los repruebe, y me aparte de ellos para siempre jamás.

JACULATORIAS. — Apartad, Señor, mis ojos y mi corazón de todos éstos vanísimos pasatiempos. (*Psalm. 118.*)

Tuve siempre por locura á todas las risas del mundo, y reputé sus falsas alegrías por trampantojo de las gentes. (*Eccles. 2.*)

PROPOSITOS.

1 No te has de contentar con declamar contra los pasatiempos del mundo, puesto que no hay condenado en el infierno que no grite contra ellos mas altamente que tú. Conoces su vacío y su inanidad; estás convencido de su falsa brillantez y de la amargura que se esconde en aquella bella corteza que engaña con la apariencia; pues no caigas en el lazo, y habiendo descubierto el error, no quieras ser parcial suyo. Toma desde este mismo punto una eficaz resolución de desterrarte para siempre de todas las fiestas mundanas, y huye con generosidad de todos esos profanos pasatiempos, copiosos é infalibles manantiales de tantas miserables caídas. Bailes, comedias profanas, espectáculos, saraos, partidas de diversion, escollos ordinarios de la inocencia, queden perpetuamente entredichos para ti desde este mismo momento. Ni te contentes con prohibirte todas esas diversiones emponzoñadas; has de emplear todas tus fuerzas, toda tu autoridad y toda tu industria en desviar cien leguas de ellas á todos aquellos que dependieren de tí, sin ceder un punto en esta resolución por ninguna razon, pretexto ni motivo. En todo tiempo debe mirar un cristiano con horror aquellas diversiones que eran propias de los gentiles, cuando en ellas se vulnera la religion, ó se fomenta la relajacion de las costumbres.

2 Siempre que lo pida la ocasion declárate en favor del espíritu y de las máximas de Jesucristo contra las máximas y el espíritu del mundo. Ya que este tiene tantos partidarios y tantos abogados que pierden el tiempo alegando en defensa de sus errores, razon es que Jesucristo tenga tambien fieles siervos que salgan con valor á la defensa de sus máximas y de sus verdades. Di, pues, con toda resolución que condenas los bailes, los espectáculos y toda diversion profana, contraria á las máximas del Evangelio y al espíritu de Jesucristo.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

SAN ESTEBAN, rey de los húngaros, en Stulweissenburg en Hungría; el cual adornado con divinas virtudes fué el primero que convirtió á los húngaros á la fe de Cristo, y fué recibido en el cielo por la misma Virgen Madre de Dios en el día de la Asuncion: su festividad, por decreto del papa Inocencio XI, se celebra particularmente en este día, en el cual por intercesion del santo rey fué recuperada de los turcos por el ejército cristiano la inespugnable fortaleza de Buda. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA MÁXIMA, mártir, en Roma; la cual juntamente con SAN ANSANO, confesando á Jesucristo en la persecucion de Diocleciano, estándola azotando con manojos de varas, entregó su alma á Dios.

SAN ANTOLIN (ó ANTONINO), mártir, en Pamiers en Francia; cuyas reliquias se conservan con gran veneracion en la iglesia de Palencia en España. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES DIOMEDES, JULIAN, FELIPE, EUTIQUIANO, ESIQUIO, LEONIDES, FILADELFO, MENALIPO Y PANTAGAPAS, de los cuales unos quemados, otros ahogados, otros pasados con la espada y otros crucificados alcanzaron la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES ZENON Y SUS HIJOS CONCORDIO Y TEODORO, en Nicomedia.

EL DICHOSO TRÁNSITO DE LOS SANTOS HERMANOS EVODIO, HERMOGENES Y CALIXTA, en el mismo día.

EL TRÁNSITO DE SAN JUSTO, obispo y confesor, en Leon de Francia; varon de admirable santidad, y dotado de espíritu profético: habiendo renunciado el obispado, y retirándose al desierto de Egipto, en compañía de VIATOR su lector, vivió allí algunos años vida casi de ángel; y llegando ya el fin de sus fatigas, el día 14 de octubre pasó al Señor á recibir la corona de la gloria: su santo cuerpo juntamente con los huesos de S. Viator, su ministro, tal dia como hoy fueron trasladados á Leon de Francia. (Asistió con otros dos obispos de las Galias al concilio de Aquileya, en el año 381, imperando Graciano, San Ambrosio que fué el alma de este concilio, tenia en tanta estima al obispo de Leon, que despues le escribió dos célebres cartas relativas á varios puntos de la santa Escritura.)

SAN ELPIDIO, obispo y confesor, en la misma ciudad. (Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de los siete hermanos Macabeos, al lado de su predecesor S. Justo.)

OTRO SAN ELPIDIO, abad, en la marca de Ancona, cuyo nombre tomó un pueblo que se gloria de poseer su santo cuerpo.

SAN NONNOSO, abad, en el monte Soracte ó de S. Silvestre; el cual con sus oraciones trasladó de un lugar á otro un peñasco grandísimo, y floreció con otros milagros.

SAN ESTÉBAN I, REY DE HUNGRÍA.

HACIA el año 372 del nacimiento de Cristo, los hunos, pueblo de la antigua Sarmacia, junto á las márgenes de la laguna Meotis, saliendo de su país en número de un millon y novecientos mil hombres, conducidos del famoso Atila, se fueron á establecer en la Hungría, y la comunicaron su nombre. Despues de muchas revoluciones, en las cuales fueron espelidos del país, volvieron por la cuarta vez á él por los años de 970, y fundaron una especie de monarquía, que fué gobernada por sus soberanos con el título de duques, siendo Geysa el cuarto principe de la nacion, que reinó en ella con este título. Era pagano, y naturalmente severo con los suyos; pero suave, benigno y apacible con los extranjeros, á quienes recibia con agasajo, y honraba con su benevolencia; y como por la mayor parte eran cristianos, enamorado de sus buenas costumbres, y prendado de sus conversaciones, formó un alto concepto de la religion que profesaban. Noticioso S. Adalberto, obispo de Praga en Bohemia, de lo bien dispuesto que estaba el ánimo del duque, determinó anunciar la fe en los estados de Hungría; y no bien lo oyó Geysa, en las primeras conferencias, cuando él mismo se declaró la mas ilustre conquista del apostólico prelado. Instruido por S. Adalberto, recibió de su mano el santo bautismo con la duquesa su esposa, que se llamaba Sarloth, y con otros muchos señores de la corte; trasformado ya el duque en otro hombre con la gracia de aquel primer sacramento.

A la duquesa, con la de su conversion, se la comunicó tambien el don de una sobresaliente virtud, y con esta un ardentísimo deseo de desterrar de toda Hungría el paganismo, á cuyo zelo no era inferior el del duque. Ocupada enteramente un día la imaginacion de la piadosa duquesa, en discurrir medios para lograr sus religiosos intentos, se quedó dormida; y apareciéndose en sueños S. Estéban protomártir, la aseguró que presto daria á luz un hijo, destinado por el cielo para poner en ejecucion la grande empresa que ella y su marido tenian tan en el alma; pues no solo seria el primer rey, sino tambien el apóstol de toda la nación húngara.

Tardó muy poco en ser completo este gozo, por el nacimiento de aquel hijo feliz que vió la primera luz del mundo el año de 978, y en el bautismo se le dió el nombre de Estéban. No perdonaron los piadosos duques á medio ni á diligencia alguna para que el príncipe fuese educado en las mas santas máximas



S. ESTEBAN
REY DE UNGRIA.

de nuestra religion, ni en los mas tiernos y devotos afectos de las virtudes cristianas; poniendo igual esmero en buscarle maestros escelentes que le cultivasen el entendimiento, instruyéndole en las letras y ciencias humanas. Habia dotado el cielo al tierno príncipe de tan bellas disposiciones para la virtud, concediéndole un corazon tan noble, tan generoso y tan derecho, con un ingenio tan brillante, y al mismo tiempo tan dócil, que dejó muy poco ó nada que hacer á los cuidados de la educacion; y fueron tan rápidos sus progresos en las ciencias y en la piedad que ya en aquellos tiernos años era reputado por el príncipe mas cabal que se conocia en su siglo.

Fué su maestro el mismo S. Adalberto, que se dedicó á formar aquel tiernecito corazon, y él supo aprovecharse maravillosamente de sus santas instrucciones. Estas se reducian á las máximas puras del Evangelio, de que le daban leccion todos los dias, y el niño Estéban las tomó desde luego tanto gusto, que nunca supo despues acomodarse con otras. Casi desde la cuna descubrió aquella tierna devocion á la santísima Virgen, que con el tiempo le movió á erigir en su honor tantos y tan magníficos templos. Sus diversiones eran la oracion, y á los ejercicios espirituales se reducian los ejercicios de su niñez. En todas las cortes de Europa apenas se acertaba á hablar de otra cosa que de la virtud del príncipe de Hungría, y hasta sus mismos vasallos, aunque paganos, y naturalmente feroces y groseros, le miraban con admiracion, y le amaban con ternura, ganándoles el corazon aquella dulzura, aquella afabilidad, aquellos nobles y gratísimos modales, con aquella inagotable caridad que ejercitaba con todos los pobres; de manera, que siendo la veneracion de los grandes, era el hechizo de los pueblos. A vista de una prudencia tan anticipada, y de una virtud tan sobresaliente, resolvió el duque su padre asociarle al gobierno del estado, aunque contaba solos quince años, descargando en sus tiernos hombros el peso de los mas graves y mas importantes negocios.

Faltóle en un mismo año; que fue el de 997, el duque su padre y su maestro S. Adalberto, por lo que se vió precisado á cargar solo con el gobierno de todos sus estados, no obstante de hallarse como á la primera entrada de su florida juventud. Fué su primera diligencia asegurar una paz sólida con todos los príncipes vecinos, con el fin de desviar todo embarazo á la ejecucion del glorioso intento que formó inmediatamente de desterrar, si pudiese, de sus dominios hasta la memoria del paganismo. Dió principio á esta grande empresa reformando las costumbres de sus vasallos, y aboliendo todos los usos y estilos que todavia

respiraban su natural barbaridad. Juntaba ya á unos, ya á otros en su palacio, y él mismo los instruía, uniendo con las funciones de soberano los ministerios de apóstol. Irritados furiosamente los sacerdotes de los idolos, viendo disminuirse su autoridad y sus rentas al paso que se multiplicaban las conversiones, amotinaron á los paganos que componian la mayor parte de la nacion, persuadiéndolos á que tomasen las armas contra el jóven duque. Tenian á su frente al conde de Zegzard, que considerándose con bastantes fuerzas para disputarle la soberanía, levantó un numeroso ejército, y marchó á poner el sitio á Vespriin, que era la principal plaza de Hungría, despues de Strigonia. El duque por su parte tambien levantó tropas compuestas todas de cristianos; pero en tan corto número, que naturalmente no podian resistir á la prodigiosa multitud de los rebeldes. Erále muy fácil al piadoso duque vivir en paz con sus vasallos, sin otra diligencia que dejar á los infieles proseguir tranquilos en el ejercicio de su ciega idolatría; pero pudieron mas en su religioso corazon los motivos de la religion, que las razones de estado. Lleno, pues, de confianza en la asistencia de aquel Señor, por cuya gloria combatía, habiendo puesto su persona y su reino debajo de su poderosa protección, imploró fervorosamente su favor; y aunque con fuerzas tan desiguales marchó al enemigo, y le presentó la batalla, que fué obstinada y sangrienta. Era el virtuoso duque tan valeroso como santo, y trabada la accion, acreditó bien su valor, esponiendo á los mayores peligros su persona. Hallábase en todas partes donde era mayor el riesgo, y en todas iba siguiendo á su valerosa espada la victoria. Fué tan completa, que los rebeldes quedaron enteramente derrotados; su general el conde de Zegzard, muerto y tendido en el campo de batalla, y todo aquel numeroso ejército de amotinados hecho piezas. Refirió el santo duque toda la gloria del triunfo al Señor Dios de los ejércitos; y despues de haber mandado que se le tributasen solemnes gracias en todos sus dominios, erigió en el mismo campo de batalla un magnífico monasterio.

Libre ya de todos los estorbos, dedicó toda su atencion á desterrar de todos sus estados hasta las reliquias de la idolatría, haciendo venir de todas partes zelosos religiosos que predicasen el Evangelio; y como el virtuoso príncipe se hallaba siempre á la frente de aquellos apostólicos obreros, fué portentoso el suceso, y en breve tiempo fué universal la conversion del país. Luego que tuvo el consueto de ver cristianos á todos sus estados, los dividió en doce diócesis, destinando á Strigonia para silla arzo-

bispal y metropolitana, cuyo plan remitió á Roma para que le aprobase la santa Sede apostólica, á quien despachó una solemnisima embajada, nombrando por jefe de ella á Attico, ó Anastasio, abad benedictino. Reducíanse sus instrucciones á que en nombre del duque rindiese la obediencia al papa Silvestre II, suplicándole tomase bajo de la protección de la santa Sede aquellos estados, nuevamente convertidos á la religion cristiana; dignándose de confirmar lo que el duque habia arreglado acerca de la religion en sus dominios de Hungría; y rogándole tuviese á bien que tomase el título, las insignias, y los honores de rey, para promover con mayor autoridad lo que el tiempo y las ocasiones le permitiesen hacer en beneficio y propagacion de la fe.

Llegó el embajador á Roma poco despues que habian entrado en ella los de Boleslao, duque de Polonia, que habiéndose convertido con toda su nacion treinta años antes á la luz del Evangelio, tenia entablada la misma pretension. Ya habian logrado audiencia de su Santidad los embajadores de Boleslao, y ya el papa queriendo premiar los grandes servicios que habia hecho á la religion él, y su padre Micislao, tenia prevenida una rica corona de oro para enviársela al duque de Polonia; pero habiendo oido por boca de Anastasio en la audiencia que le concedió todo lo que habia obrado el duque Estéban en tanto aumento de la fe, determinó darle á éste la preferencia. Concedióle, pues, el título y la dignidad de rey, enviándole la corona: á que añadió el regalo de una rica cruz, para que la hiciese llevar siempre delante de sí, autorizándolo con una bula todo lo que habia dispuesto, así en los obispados, como en los obispos presentados por él para gobernarlos, y reconociéndole por apóstol de su nuevo reino.

Habiendo recibido Estéban las insignias de su nueva majestad, convocó en Strigonia todos los prelados del reino con la nobleza del país; y recibida la sagrada real uncion de manos de los mismos prelados, reconociendo que toda legítima potestad descende originariamente del mismo Dios, y que á sola su piedad debía la corona, se hizo á sí mismo y á sus sucesores feudatarios de la santa Sede apostólica.

La felicidad de tan gloriosos sucesos suscitó zelos en algunos príncipes vecinos, que no acertando á mirar con buenos ojos aquel aumento de grandeza, se coligaron para sufocar en la cuna la reciente monarquía. El príncipe de Transilvania, olvidado del estrecho parentesco, pues era primo del rey, entró armado por sus tierras, haciendo en ellas grandes daños. Marchó á él S. Estéban con las tropas que pudo juntar tumultuaria-

mente; atacóle, derrotóle, y le hizo prisionero, sin querer otro rescate por su libertad que su conversion y la de sus pueblos. Los búlgaros le dieron mas en que entender; porque le hicieron la guerra con mayores fuerzas, pero con tan infeliz suceso como los transilvanos, pues al cabo los venció y los humilló, obligándolos á pedirle la paz, que les concedió, sin aprovecharse demasiado de su victoria. Contrajo una estrecha alianza con el emperador S. Enrique, casándose con su hermana Gisela, princesa de extraordinaria virtud, que parecia haberla destinado singularmente para él la divina Providencia, por lo que no era posible matrimonio mas cabal. Nunca tuvo la reina otras inclinaciones que las del rey, el mismo zelo por la religion, los mismos ejercicios espirituales, la misma devocion, la misma liberalidad con las iglesias, y la misma caridad con los pobres.

Restituida la tranquilidad á todo el reino, convirtió el rey toda su aplicacion á procurar la felicidad de sus vasallos, á reformar los abusos, y á no omitir medio alguno para que cada día floreciese mas la religion y la piedad.

Siendo su virtud sobresaliente, y como la mas favorecida entre todas, aquella tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, á quien siempre apellidaba su soberana Señora, titulo que despues se hizo hereditario y familiar en todos los húngaros, erigió en su honor un suntuoso templo en la ciudad de Alba, que comenzó á llamarse la *Real*, por haberla escogido el santo rey para su ordinaria residencia, y porque los reyes sus sucesores se coronaban despues en su iglesia de la Madre de Dios, escogiéndola tambien para su panteon ó sepultura. Apenas hubo provincia alguna en sus estados, ó ciudad considerable en las provincias, donde el piadoso monarca no fundase algun monasterio, no erigiese alguna iglesia, ó no dotase algun hospital. Ni su real piadosa liberalidad se estrechó precisamente á los limites de su reino: estendióse tambien á los estraños, fundando iglesias y hospitales para los húngaros en Roma, en Jerusalem y en Constantinopla. Dedicado únicamente á procurar que floreciese la religion en sus dominios, á esterminar los vicios y los abusos, y á solicitar que en todas partes reinase la justicia y la piedad, y á promover por todos caminos la felicidad de sus vasallos; promulgó leyes prudentísimas para desterrar de ellos las bárbaras costumbres, y para cortar con la severidad de las penas los robos, los homicidios, los adulterios, las blasfemias, y todo género de impiedades y disoluciones; formando una especie de código para mayor permanencia de estos reglamentos, en que comprendió debajo de cincuenta y cinco titulos ó capítulos las mas saludables leyes. Habiendo na-

cido con él, por decirlo así, la caridad y la misericordia con los pobres, tomó debajo de su real proteccion á las viudas y á los huérfanos, proveyendo con una liberalidad, de que hay pocos ejemplares, á la subsistencia de las familias necesitadas, todo con tanto orden, con tanta prudencia y con tanto acierto, que se decia comunmente que en su dichoso reinado no habia pobres en Hungria.

Queriendo en cierta ocasion tener el consuelo de dar la limosna por sus mismas reales manos, se disfrazó para no ser conocido. Luego que le vieron los primeros pobres con un bolsillo lleno de dinero, que llevaba para repartirle entre ellos, se abalanzaron á él brutal y atrevidamente, arrojáronle en el suelo, pateáronle, maltratáronle, y arrancándole el bolsillo con violencia, se pusieron en precipitada fuga. Dejóse ultrajar el santo rey sin despegar siquiera los labios; y levantándose todo cubierto de lodo, no menos que de contusiones á violencia de los golpes, vuelto á la santísima Virgen, su querida Madre, la habló de esta manera: *Bien veis, ó Reina de los cielos, mi soberana Señora, como han tratado vuestros soldados al que vos os dignasteis hacer rey: si esto lo hubieran hecho los enemigos de la religion, ya veria yo lo que habia de hacer con ellos; pero siendo obra de los criados de vuestro Hijo, y mi dulce Salvador, recibo con alegria esta aventura, y os doy gracias por ella.* Con efecto, toda la satisfaccion que tomó de aquella brutalidad fué hacer mayor limosna á los mismos mendigos.

Empleaba la mayor parte del día en los negocios de la religion, del estado y de la justicia, que administraba á sus pueblos por sí mismo. Sus audiencias siempre francas, y accesibles á todos en cualquiera hora, pero preferidos en todo caso los pobres; por lo que era dicho comun, que los húngaros lograban un soberano que mas era su padre que su rey. Todos los dias asistia al santo sacrificio de la misa con tanto respeto, con tanta modestia, y con tanta devocion, que la infundia en todos los circunstantes, consagrando las demás horas que le quedaban desocupadas al ejercicio de buenas obras; y decia con gracia que esta era su caza, este su juego, y estas sus diversiones. La mayor parte de la noche la empleaba en la meditacion y en la oracion, menos las visperas de comunión que eran muy frecueates, las cuales las pasaba todas en vela. Correspondian sus penitencias al fervor y á la inocencia de su vida; siéndole muy familiares los ayunos, los cilicios, los instrumentos de mortificacion y la maceracion del cuerpo, tanto, que no pocas veces descubrió Dios con prodigios sus mas secretas mortificaciones.

Siendo S. Estéban tan agradable á los ojos del Señor no le podían faltar trabajos y adversidades. Padeciólas muy penetrantes y muy vivas, que acrisolaron su virtud con las mas sensibles pruebas. Sufrió por espacio de tres años una prolongada enfermedad, acompañada de cruelísimos dolores, sin que se alterase un punto ni la majestuosa alegría de su semblante, ni la serenidad de su corazón. Arrebatóle la muerte á todos sus hijos, no dejándole mas que al príncipe Emerico su primogénito, jóven dotado de todas las prendas que se podían desear para formar un gran príncipe. Educado por un padre que le servia de maestro, siendo á un mismo tiempo el modelo mas perfecto que podia imitar, caminaba á largos pasos en seguimiento de sus huellas; y siendo perfecto imitador de sus virtudes, observaba escrupulosamente todas las santas máximas que el rey le habia inspirado, componiendo de ellas el mismo monarca un precioso libro para la instruccion de su querido hijo. Pero le quitó Dios este amable hijo cuando se hallaba en lo mas florido de su edad: golpe que sintió el rey con el mas vivo dolor, sin hallar otro consuelo á tan dolorosa pérdida que el que buscó y encontró en su mucha religion, y en su heroica virtud; pudiéndose decir con verdad que nunca se mostró mas santo que en aquella grande afliccion.

Los besas, pueblos bárbaros, hicieron una irrupcion en sus tierras; pero quedaron tan enamorados de la virtud del santo rey, que diputaron sesenta de los mas principales de la nacion para pedirle su amistad. Desarmólos precisamente su piedad, y los acabó de encantar, cuando mandó el rey que se les restituyese todo lo que les habian tomado sus tropas, que batian el país, sin embargo de que se podia quedar con ello por via de represalia, en recompensa de los daños que habian hecho en sus estados.

Muerto el emperador Enrique, su cuñado, Conrado su sucesor entró en Hungria con un poderoso ejército. Vióse precisado Estéban, á pesar de su amor por la paz, á marchar contra él á la frente de sus tropas; pero movido de la compasion y del horror que le causaba ver derramar sin justo motivo la sangre de sus vasallos, recurrió á Dios y á su continua protectora la santísima Virgen. Apenas acabó su oracion, cuando las tropas de Conrado se pusieron en desordenada fuga, con tanta precipitacion como si hubieran sido enteramente derrotadas, sin que hasta ahora se hubiese podido averiguar el verdadero motivo que tuvo aquel formidable ejército para retirarse.

Habia ya algunos años que el rey guardaba casi siempre la cama, reducido á ella por sus frecuentes enfermedades, cuando

algunos señores, descontentos de la inexorable rectitud con que administraba justicia, resolvieron quitarle violentamente la vida, arrojándose al mas negro, al mas atroz, y al mas execrable de todos los delitos. Uno de ellos entró en el cuarto del rey con este sacrilego intento, llevando una espada desnuda debajo de la capa. Oyó el rey algun ruido, y preguntando quién era, la majestad de su voz llenó de tanto terror al asesino, que dejando caer la espada, se arrojó á sus reales pies, confesó su delito, é imploró su piedad y clemencia. Perdonóle benignamente el rey, y convirtióle. En fin, habiendo tenido el santo monarca revelacion de su dichosa muerte se dispuso para ella con nuevo fervor, acabando con él de perfeccionar su virtud; y recibidos los santos sacramentos, rindió tranquilamente su espíritu en manos del Criador el mismo dia de la Asuncion, cuya fiesta habia él mismo hecho la mas solemne para toda la nacion húngara. Murió, pues, el dia 13 de agosto del año 1038, á los sesenta de su edad, y cuarenta y uno de su glorioso reinado, con llanto universal de todo el reino, lastimándose cada uno de haber perdido no tanto un rey, como un apóstol y un padre. Fué sepultado su cuerpo en la magnífica iglesia de Alba Real, que él mismo habia edificado, siendo las lágrimas de los pobres el mas bello ornamento de la pompa funeral. Por los muchos milagros que obró en vida, y por los que se continuaron en su sepulcro despues de muerto, se movió la santa Sede apostólica á decretarle los honores que se deben á los santos, y el papa Inocencio XI fijó su fiesta el dia dos de setiembre.

SAN ANTONINO Ó ANTOLIN, MÁRTIR.

EN medio de las intrincadas dificultades á que está sujeta la historia de S. Antonino, dificultades de que hasta ahora no ha podido desembarazarse, ni la critica mas fina, ni la erudicion mas copiosa, seria una temeridad ó pretender mejor suerte en la relacion de sus hechos, ó intentar aclarar las dudas de que hasta ahora ninguno se ha desembarazado. La principal causa de esta confusion es un poderoso motivo de consuelo para los que se ejercitan en esta espiritual leyenda. La diversidad de martirologios que hacen mencion de un S. Antonino; las muchas provincias é iglesias en que se sabe haberse celebrado su memoria, y los muchos altares en donde se han venerado sus sagradas reliquias, han sido otras tantas causas para dudar si han sido uno ó muchos los santos celebrados con el nombre de Antonino, y aun en el caso que sea uno, si este se debe adjudicar á España,